

Nuestro Dios es amoroso

En la lección titulada «Nuestro Dios es moral», aprendimos que la santidad es el atributo supremo o fundamental de Dios, y que somos llamados a ser santos porque Él es santo. Este atributo, al igual que todos los atributos de Dios, es una característica de Su naturaleza divina. No se le puede concebir en toda Su perfección si se le aparta de Dios. Él constituye el fundamento de todas Sus manifestaciones a nosotros. Es Su naturaleza obrar moralmente porque Él *es* santo.

Otro atributo de Dios es el amor. Al igual que la santidad, el amor se observa en toda Su perfección solamente en Dios mismo. Está tan ligado a la naturaleza de Dios que esto es lo que leemos: «Dios *es* amor» (1 Juan 4.8; énfasis nuestro).

SU AMOR ES DESCRITO

A los seres humanos les resulta difícil hablar del amor perfecto de Dios. Tenemos dificultad para hablar de *cualquier cosa* perfecta. De hecho, a menudo nos apena un poquito la perfección. Todo nuestro discurso acerca de la perfección es una señal de cuán dolorosamente conscientes estamos de nuestras propias imperfecciones. ¿Cuán a menudo no escuchamos que alguien ataque las palabras, acciones, o motivos de otro con la discriminante expresión que comienza diciendo: «No soy santo, pero...»?

Por lo que a las «virtudes» se refiere, todos tenemos nuestras limitaciones. Esto siempre ha sido así. La virtud ha sido un tema de gran interés a través de toda la historia. Los griegos del siglo cuarto a.C., creían que las cuatro virtudes cardinales eran la sabiduría, la valentía,

la templanza y la justicia.¹

Durante la Edad Media de la era cristiana, los escolásticos consideraban «naturales» las cuatro virtudes ya mencionadas; mientras que la fe, la esperanza y el *amor* se consideraban virtudes «teológicas».

La Biblia es mucho más comprensiva en su visión de las virtudes. Podemos identificarnos con el clamor lleno de angustia de David cuando expresó: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,...» (Salmo 51.10). Puede que nos hagamos eco de las palabras de Pedro cuando «cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador» (Lucas 5.8). Observe cuán estrechamente ligados están las virtudes y el *amor*, en las dos listas más importantes del Nuevo Testamento que recalcan las cualidades cristianas:

Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable [*prosohiles*], todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad (Filipenses 4.8; énfasis nuestro).

... poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud [*arete* = virtud, excelencia moral]; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal [*philadelphia*]; y al afecto fraternal [*philadelphia*], amor [*agape*] (2 Pedro 1.5-7; énfasis nuestro).

La moralidad y el amor deben andar tomadas de la mano, y nosotros debemos unirnos a tan sublime

¹ Plato (Platón), *The Republic (La república)* 427E-29B.

pareja. Este es el desafío que se nos presenta a los que somos cristianos.

Nuestro sentimiento generalizado de imperfección proviene de dos fuentes: En primer lugar, vivimos en un mundo que, en gran medida, ha perdido el conocimiento de lo que significa el «amor». Nuestro idioma no nos ayuda. Usamos el verbo «querer» en lugar del verbo «amar» para las personas y cosas de este mundo: «Quiero a mis padres», «Quiero helado», «Quiero a Dios», «Te quiero tanto que debo tenerte», «Quiero mi auto». En segundo lugar, nuestra falta de entendimiento del «amor» en nuestras relaciones con objetos y personas, es causa de que el amor de Dios nos deje perplejos. El misterio es efectivamente grande, en el mejor de los casos; pero cuando hemos perdido el significado del amor a nivel nuestro como seres humanos, ¿cómo podremos esperar que entenderemos el amor al «nivel» de Dios?

Existe un modo de tratar de responder a esta provocadora pregunta, pues Pablo oró de la siguiente manera:

... a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios (Efesios 3.17b-19; énfasis nuestro).

La búsqueda de este entendimiento supone tres actividades que estamos llamados a emprender: la oración, el estudio y la práctica. Toda búsqueda del amor de Dios que no nos haga caer de rodillas en actitud de oración, acabará en fracaso. La oración humilde, que escudriña, es esencial para que nuestra búsqueda se vea coronada por el éxito. No obstante, no es suficiente la oración.

Es necesario estudiar la palabra de Dios para alcanzar un mejor entendimiento del amor de Dios. Su palabra fue escrita para nuestra enseñanza (Romanos 15.4), y nosotros debemos estudiarla para ser iluminados en el camino de Dios (2 Timoteo 3.15). Ya hemos hecho énfasis en la excelencia moral, la omnipotencia, la omnipresencia y la omnisciencia de Dios. Hemos hecho notar la naturaleza infinita de todas estas cualidades de Dios. El amor también es una cualidad infinita de Dios. El pueblo de Dios ha dicho del amor de Dios que tal amor es eterno, que no se acaba nunca (1 Reyes 10.9; Jeremías 31.3; Romanos 8.35-39).

La naturaleza eterna de Dios plantea una pregunta. ¿A quién amaba Dios antes de haber creado a los seres humanos? Antes del tiempo, la cápsula en la cual nos encontramos, existía la

eternidad —y existía Dios (Isaías 57.15). La pregunta que se nos plantea es pertinente, y la respuesta a ella es crucial. La pregunta es pertinente porque ella, necesariamente, supone la existencia de un objeto de amor. La respuesta es crucial, porque ella implica a las *Personas de la Deidad*. Dado que el absoluto amor de Dios existió antes de la creación, la conclusión a la cual llegamos, es que este amor fue una comunicación que fluyó libremente entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Jesús se refirió brevemente a esto cuando oró al Padre diciendo: «Porque me has amado desde antes de la fundación del mundo» (Juan 17.24b). Luego, independientemente del universo, Dios tiene plena comunicación consigo mismo, plena devoción a Sí mismo y plena impartición consigo mismo.

Este es el sobrecogedor amor de Dios en su sentido absoluto. Es perfecta armonía, infinita paz, sublime disposición de Sí mismo, sosegada inmutabilidad,² y sagrada bendición, lo que existe dentro del contexto de la Santa Trinidad. Este es el absoluto amor de Dios; el objeto de Su amor está dentro de Sí mismo.

SU AMOR ES EXTENDIDO

Dios no se reserva Su gran amor para Sí mismo; este amor también es transitivo. Es decir, el objeto de Su amor puede encontrarse fuera de Él. Del mismo modo que el Dios viviente nos da la vida, y el Dios perfecto nos da la verdad, el Dios amoroso ¡se nos ofrece Él mismo! Cuando contemplamos el derramamiento del amor de Dios para nosotros, descubrimos que esta no es la clase de amor a la cual estamos acostumbrados entre nuestros semejantes. Podemos estar tranquilos cuando pensamos en el sobrecogedor poder de Dios, Su penetrante conocimiento, y Su íntima presencia —porque se nos da certeza de que todos estos atributos están activos debajo de la sombrilla de Su santidad, Su pureza, Su moralidad y Su «ética». El darnos cuenta de que Dios es amoroso puede tranquilizarnos porque el hecho de que Dios sea amoroso es, podríamos decir, la expresión de Su santidad.

Nos conmueve profundamente, y nos llena de verdadero agradecimiento, el saber que tenemos un Dios tan amoroso. No obstante, puede que todavía nos confunda la gran brecha que hay entre Su amor por nosotros, y nuestro amor por Él. Puede que nos sintamos acerca de Su amor, del mismo modo que se sintieron los discípulos de

² La «inmutabilidad» se refiere al hecho de que Dios, por naturaleza, no cambia.

Jesús acerca de la oración. Después de que Jesús hubo terminado de orar en cierta ocasión, uno de Sus discípulos le dijo: «Señor, enséñanos a orar» (Lucas 11.1b). Es necesario que nos deshagamos de nuestra actitud mundana para darle cabida al amor de Dios. Es necesario que hagamos coincidir nuestras mentes con la mente de Dios si es que deseamos responder a Su propuesta de amor.

En primer lugar, debemos tener en cuenta que «el amor, en el sentido cristiano, no consiste en emoción. Es un estado de la voluntad, no de los sentimientos:...».³ Puede que esto nos resulte perturbador después de haber sido nutridos en una sociedad que hace equivaler el amor a la sensualidad. Una sociedad que cree que el amor consiste en sexualidad en aproximadamente un noventa por ciento, está muy lejos de poder entender o apreciar el amor de Dios. Aunque la palabra *eros* no se encuentra en el Nuevo Testamento, sí son recalcados los peligros del erotismo (Mateo 5.27–29; 1 Corintios 6.18–20).

Por supuesto que el amor que Dios aprueba debe ser expresado de maneras más elevadas que esa. La institución del matrimonio es el medio que Dios ordena para la propagación de la raza humana y para la provisión de una atmósfera en la que se puedan realizar las intimidades del amor sexual en pareja. Cuando un matrimonio funciona tal como Dios lo concibió, él es estimado por Dios de manera tan grande que se le compara con la relación de Cristo con Su iglesia (Efesios 5.22–33).

La amistad es otra hermosa expresión del amor. De hecho, Jesús dijo: «Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos» (Juan

15.13). La palabra *philous*, la cual se usa docenas de veces en el Nuevo Testamento, por lo general se refiere a la amistad (Juan 11.11; Lucas 12.4). El verbo *phileo*, el cual también se usa frecuente en las Escrituras, muestra el amor por los amigos (Juan 11.3), el amor por Jesús (Juan 11.15b), y el amor de los padres (Mateo 10.37).

SU AMOR ES DEMOSTRADO

El más alto grado de amor es aquel que muestra nuestro Dios, el cual *es* amor (1 Juan 4.8). La palabra griega *agapao* se usa cientos de veces en el Nuevo Testamento. Este amor nos llama al más sublime nivel de vida. El cielo es la fuente de él y ha sido concebido para llevarnos allí. No es una abstracción. No es solamente una influencia. El amor de Dios por nosotros es de una calidad esencial y viviente.

La más grande demostración de ese amor, que se haya hecho en la historia, es la gran ofrenda de amor que hizo Dios —de Jesucristo, Su Hijo. Esto fue *agape*, el amor que todo lo da. «Porque *de tal manera* amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo, unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3.16; énfasis nuestro). El hecho de haber ofrecido a Jesús no sólo demuestra el amor que el Padre tiene por nosotros, sino también el amor que el Hijo tiene por el Padre. En Getsemaní, Jesús oró con gran angustia pidiendo que fuera la voluntad de Su Padre la que se hiciera; Él se entregó de Su propia voluntad. Esta es la más grande medida de amor que ha habido sobre la tierra —el entregarnos libremente a la voluntad del Padre, por medio de Jesucristo nuestro Señor.

En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos (1 Juan 5.2–3).■

³ C.S. Lewis, *Mere Christianity (Cristianismo puro)* (New York: Macmillan Co., 1960), 115.